



LIGHT HOUSE STUDIO

REMINISCENCIAS DE UNA HABANA DIFUNTA

Por: Reynaldo González

A las argucias del arte acuden, hoy, posibilidades desconocidas hace apenas unas décadas. Una de ellas quedó bautizada como «apropiación», que igual pudiéramos llamar traducción a un lenguaje reciente, o moderno, cuanto el post-modern permite, hacia un post-post extendido en el quehacer y en el tiempo. Traduce una liberalidad deudora de muchas disciplinas, entre ellas el utilitario grafismo de la publicidad que ritma y acosa nuestros pasos. Desde los augurales tiempos del pop-art la mirada de los creadores plásticos se armó de esos apoderamientos, las marcas del sacrosanto consumo llegaron al lienzo y al grabado, con ayuda de la fotografía y variados medios de reproducción. El dios propiciatorio fue Andy Warhol, sus célebres latas de conserva agrandadas y los repetidos rostros de artistas y personas famosas. Acudiendo a un vocablo que por el excesivo uso ya pierde gravitación, se trata de «una estética» y sus variantes discursivas. En ese terreno se mueve el artista cubano Kdir. La apropiación es el elemento fundamental de esta exposición, un reciclaje que la toma como materia principal de un esfuerzo reminiscente: carteles convertidos en soporte de un entorno pretérito, imágenes traslúcidas de una Habana no para infantes difuntos, sino una Habana difunta pero negada a fallecer.

Las obras de Kadir López Nieves, nacido en 1972, en Las Tunas, una ciudad provinciana de Cuba, han conocido una fortuna rauda: en pocos años recorrieron museos y salas de exposición –y están en colecciones– de Nueva York, Caracas, Londres, Madrid, Dallas, Bogotá, Ontario, Texas. Miami, Santo Domingo, Nicosia, Guadalajara, Beirut, Toronto, Berlín, Lima... Es un recorrido impensado en otros

📍 Ave. 47 No. 3430 e/ 34 y 41, Kohly, La Habana, Cuba
☎ +5372065772 | +5352816686 | +1 310 525 6367
✉ kdirkolor@yahoo.es 🌐 www.kadirlopez.com



LIGHT HOUSE STUDIO

tiempos. Su trayectoria trazó un vuelco desde las exigencias del caballete tradicional a la innovación formal, las instalaciones y, como vemos ahora, la experimentación con objetos trascendidos por su propia condición icónica, soportes para nuevas y subrayadas significaciones. De los reclamos publicitarios en una de las ciudades latinoamericanas que con mayor fuerza y antelación conoció el *boom* de los anuncios y de los *mass media*, colmada de carteles, a la ausencia de ellos, barridos por la falta del mecanismo comercialista, puro recuerdo, objetos dejados en polvorientas antigüedades. Esos carteles erosionados por la inclemencia del salitre y el abandono, que en sí mismos ya eran la evocación de una inexistencia, reciben como visita insólita la fantasmagoría de la ciudad que ayer animaron. El artista ha buscado las piezas de acero esmaltado en porcelana y otros materiales de resistencia extrema, y en ellos plasma imágenes de la ciudad que los albergó, en ocasiones el sitio donde estuvieron colocados, una incitación al ojo sorprendido del espectador y un ofrecimiento a lecturas variadas. Ahora los carteles «contienen» la ciudad, sustentan un pasado y fijan una solicitud de cambio.

En estas evocaciones La Habana de aquellos tiempos –que no fue La Habana del joven artista Kdir–, se acompaña de una información de carácter casi antropológica: la gente, las calles, los rincones donde el paseante se sintió abordado por el ofrecimiento de un refresco, de un aceite para su carro, de servicios habituales en su discurrir ciudadano. No es posible retrotraerse a aquella realidad, pero sí indagar sobre ella, milagro de la imaginación estética en objetos cuya materialidad adquiere una vivencia de nuevo tipo. Ahí están las viejas planchas de acero, su volumen, su estructura rectangular, o redonda, u ovalada, sus colores ya decaídos, y como un golpe nostálgico, las calles, el perfil de los rascacielos, la curva del malecón habanero como una incitación, hurtándose a las manchas y las heridas que les causó el tiempo. Y están los rostros que marcaron una época, los pasos y gestos de los obreros que construyeron el paisaje –nótese que abunda la animación de los



LIGHT HOUSE STUDIO

operarios—, el fluir de una vida negada a desaparecer, lo que subraya su carácter de yuxtaposición neblinosa. La que ayer llamaron «París del Caribe», asoma con una discreta seducción, con guiños, desde la propaganda que animó su vida pasada.

La memoria incitada permite escuchar el oleaje que circunda la ciudad marítima, los cláxones de esos carros que van a «serviciar» en la gasolinera vecina –lo dice la marca del combustible, de la rueda para el repuesto—, es como si pudiéramos cruzarnos con quienes van de prisa, ensombrerados caballeros en una época donde todavía se llevaban sombreros, sentir las órdenes de los capataces dadas a quienes manejan las *concreteras* en la vía en construcción. Es como si subiéramos a la azotea donde estuvo el fotógrafo para captar el orden de las calles tendidas hacia el mar, acogernos a la sombra de los toldos en las veredas de los negocios, soslayar los parterres y esquivar el tránsito bullente de aquella Habana agitada y promiscua. Las insoslayables marcas de productos de consumo diario ahora constituyen el marco por donde nos devolvemos a una existencia que solamente espera la animación, como en escenas cinematográficas que nos permiten ser, a un tiempo, el observador y el protagonista.

Milagro endemoniado el del arte, asunto de nigromancia inexplicada – ¿quién desea la cruda explicación del ardid frente a la jubilosa ilusión? – que obsequian estas piezas para quienes vivieron en esa ciudad, o quienes, durante siglos, recibieron el aroma de su mito. En algunas se nos encima la vida vivida por sus habitantes, corresponde a nuestra percepción ganar la fuerza para reconstruirla. ¿No es acaso poesía este tránsito de la mirada a la compulsión imaginativa? Nos acercamos a una ciudad donde tuvo preeminencia la propaganda, un entorno aventajado en el Nuevo Mundo, la confusión del crecimiento con el desarrollo, espejismo de bienestar en una población que consume ideas junto a productos, ideas de lo que quiere o necesita y de sí misma, ciudad icono de sí misma, carteles fetichizados como recordatorio hiriente en lo que fue proposición de un presente. Los carteles

📍 Ave. 47 No. 3430 e/ 34 y 41, Kohly, La Habana, Cuba

☎ +5372065772 | +5352816686 | +1 310 525 6367

✉ kdirkolor@yahoo.es 🌐 www.kadirlopez.com



LIGHT HOUSE STUDIO

son/fueron la ciudad que los contuvo; ahora contienen la ciudad, sustentan su recuerdo. Al aguzar la mirada en esta juguetona manipulación de imágenes, las transparencias sobre un soporte sorpresivo nos interrogan: ¿cuál es la imagen, cuál el soporte, cuál contenido o el continente? ¿Dónde comienza o termina lo que alguien llamó «erosión histórica» de un punto geográfico célebre y celebrado, dónde se anima el germen de un desgaste imperioso, un desfallecimiento indetenido? Confusión del ojo que observa y la mente que evoca, o imagina. Juego del arte, apropiación, travesura la de este Kdir que nos impone una presunción seductora.

La realización dota al artista la condición de omnisciente demiurgo y nos involucra en su juego. Juguemos.

Fuente:

Signs. Catálogo. Galería La Acacia, La Habana, 2009.